

PQ 7158

54

B3

ES PROPIEDAD



**FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ**

ADVERTENCIA IMPORTANTE.—Sienkiewicz, novelista polaco católico, ha escrito numerosas obras, algunas de las cuales no pueden por su realismo excesivo y por al traducirlas haber sido mutiladas ó alteradas con pérfida intención, ser de todos leídas: así, pues, nos permitimos aconsejar que no se lea obra alguna de este autor si no está aprobada por la Autoridad eclesiástica.



CAPÍTULO PRIMERO

Quero héroe, llamado Bartek Slovick (1), acostumbraba mirar con insistencia al fondo de los ojos de cuantos le hablaban. En realidad nada tenía de común con el rruiseñor á pesar de ser este su nombre. Por el contrario, su rusticidad le daba aspecto tan poco inteligente que le valió el apodo de «Bartek el estúpido.» Solían aplicarle otros apodos.

Para oídos alemanes «Chlovyek y Slovick»

(1) Slovick en polaco significa «ruiseñor.»

010798

sólo se diferencian en la pronunciación, y de tales analogías se aprovechan los alemanes para sustituir los nombres eslavos por sus nombres bárbaros.

Esta fué la causa del siguiente diálogo sostenido cuando alistaron á Bartek en el ejército.

—¿Vuestro nombre? preguntó el oficial.

—¡Slovick!

—¿Shloik? ¡Ah ya! comprendo. (Shloik en polaco significa hombre, ó sea *Mensch*, en alemán).

Y el oficial escribió «Mensch.»

Bartek vivía en el pueblo de Poguembin. En el principado de Poznan (Posen) son varias las poblaciones así llamadas. Sus bienes se reducían á una casa pequeña, un campo, dos vacas y un caballo. Podía vivir tranquilo con su mujer Magda.

Aceptaba, sin murmurar, la posición que Dios le deparara. Pero habiendo el Señor ordenado que estallara la guerra, Bartek se entristeció muchísimo.

Recibió orden de incorporarse al regimiento. Debió dejar su casa y abandonar sus bienes al cuidado de su esposa. Los habitantes de Poguembin eran pobres. En invierno Bartek solía trabajar en el molino y en verano cuidaba de su campo. Desde ahora ¿qué suerte le esperaba? ¿Quién podía saber el término de una guerra contra los franceses?

Cuando Magda leyó la orden de partida se echó á llorar.

—¡Ah, Dios mío! ¡muy insensatos han de ser cuantos guerrean! Bartek, verdad es que no eres sabio, pero tu partida me causa profundo dolor: ¡los franceses te cortarán la cabeza!

Bartek abrazó á su esposa y al tierno hijito, y luego, haciendo la señal de la cruz, abandonó la casa seguido de Magda y del pequeñuelo que lloraban.

Bartek repetía:—¡Por Dios, sé razonable!

Entraron en la carretera, y encontraron numerosos grupos de hombres llamados á servir al rey. Se dirigían á la más próxima estación y los acompañaban sus esposas, los ancianos, los niños y los perros.

El aspecto de los hombres era grave; sólo los muy jóvenes pensaban en fumar el tabaco de sus pipas. Algunos, que ya habían bebido, cantaban á voz en grito:

La mano de Skrynetski y sus anillos de oro no valen para la guerra lo que un sable hermoso.

Y esta multitud, contenida y dirigida por policías alemanes, avanzaba nerviosa y agitada hacia la estación. Las mujeres rodeaban con los brazos el cuello de sus hijos que iban á partir. Exclamaba un anciano: «¡Dígnese el Señor recompensar nuestras penas.» Oíase gritar: «¡Franck! ¡Kasek! ¡Josek!

¡Adiós!!!» Los perros ladraban. Los sacerdotes murmuraban oraciones: «La guerra los arrebató á todos, y no todos volverán!»

Abandonados en los campos quedaban los arados, pues Poguembin dirigíase á luchar contra Francia.

Poguembin se negaba á reconocer la preponderancia de Napoleón III y abrazaba la causa de España.

La multitud avanzaba. Por el camino una nube de polvo de oro elevábase sobre ella, pues el tiempo era seco y ardiente el sol. En los campos las espigas del trigo inclinaban sus pesadas cabezas meciéndose suavemente. Las alondras remontando su vuelo por el cielo azul cantaban, cantaban á más no poder.

¡La estación!!! La multitud aumentaba. Se le agregaron hombres venidos del alto y del bajo Kryvda, de Vyvlashchyntse, de Nyedolya, de Mizerov: ¡cuánta bulla! ¡cuánto ruido! y especialmente ¡cuánto desorden!

¡Esto era la guerra! En nombre de Dios debía la landwehr (1) proteger, durante la ausencia de los hombres, á las esposas y á las familias, las casas y los campos. Era indudable que los franceses odiaban á Poguembin, Kryvda, Vyvlashchyntse, Nyedolya y

(1) La landwehr es una especie de cuerpo de reserva que funciona como el *somatén* en Cataluña.

Mizerov. Los paisanos, leyendo la declaración de guerra, habían adquirido esta íntima persuasión.

Sin interrupción llegaban hombres de todas partes. En las salas el humo del tabaco formaba espesa nube. En el andén oíanse las voces de mando de los oficiales alemanes.

Sonó la campana, vibró un silbido: la máquina llegaba.

Una segunda campanada y súbita emoción agitó la multitud. Algunas mujeres empezaron á llorar. «¡Yadan! ¡Yadan! ¡Ah! ¡Los franceses quieren matarte!» Extraña congoja oprimía el ánimo de aquellos futuros héroes de Sedán.

La muchedumbre debió retroceder. El tren quedó parado. Por las ventanillas veíanse uniformes y esclavinas con cintas rojas, largos fusiles y bayonetas. A lo menos en apariencia era indudable que los soldados tenían orden de cantar, pues de uno á otro extremo temblaba el tren al influjo de aquel conjunto de voces formidables.

El oficial encargado del alojamiento empezó á llamar hombres. Era el postrer adiós. Bartek abrazó á su mujer.

—...Magda... ¡Adiós!

—¡Ah! ¡Pobre esposo mío!

—¡No me volverás á ver!

—¡No, no te veré jamás!

—¡Nada bueno esperes!

—¡Que la Virgen María te proteja y te salve!

—Adiós; ¡cuida nuestra casa!

La mujer llorando arrójase al cuello de su esposo...

—¡Que Dios te acompañe!

Era llegado el postrer momento. Oíase á las mujeres gritar: «¡Adiós! ¡adiós!» Y los soldados, separados de la multitud, distribuidos en cuadros, en rectángulos, formaban una masa que se movía con la regularidad y precisión de una máquina.

Suben al tren: les mandan sentarse. La gran locomotora sopla, lanzando al aire penachos de humo.

Las lamentaciones de las mujeres aumentan.

Unas se cubren la cara con el delantal, otras intentan cogerse al tren. Entre gemidos repiten los nombres de sus esposos ó de sus hijos.

—¡Adiós! Bartek, grita de nuevo Magda. ¡Que la Virgen María se digne velar sobre ti! ¡Adiós!!!... ¡Señor, protegednos!!!

—Cuida nuestra casa, contesta Bartek.

Los pesados coches se agitan y parte el tren.

—...Y no olvides que tienes una mujer y un hijo, gritó por última vez Magda corriendo al lado del tren... ¡Adiós! En nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. ¡Adiós!!!



La mujer llorando arrojóse al cuello de su esposo...

Y el tren aumenta paulatinamente su velocidad, llevándose hacia lo desconocido los guerreros de Poguembin, de las dos Kryvdas, de Nyedolya y de Mizerov.

